

víctimas, y al músico de la aldea, á participar de su orgía. Ante nuestra imprevista aparición aquellos miserables se lanzaron sobre sus caballos, pero tan azoradamente que con su látigo y sus talones fustigaban á sus respectivos corceles sin apercibirse de que, atados todavía á los árboles del huerto, no podían obedecerles. Aquel día expiaron éstos su crimen sin conmiseración, y á lo menos por esta vez pudo endulzar la desesperación de nuestros desgraciados compatriotas una pronta y justa venganza. »

Tan espantosos excesos costaron caros al enemigo, comenzando á organizarse en Francia las guerrillas, á imitación de España. Los coligados se vieron pronto obligados á escoltar sus convoyes con fuerzas considerables y á proteger los correos con escuadrones de más de cien caballos. Los rezagados y los soldados que se separaban de las filas eran muertos en su mayoría, tomando parte en estas matanzas las mismas mujeres. Los habitantes del departamento del Aisne se abstuvieron largo tiempo de beber el agua de sus pozos por constarles el gran número de cadáveres que se había arrojado á ellos. Un campesino de Vailly, dotado de tanta fuerza corporal como valor, atacaba solo á tres hombres, á los que se ofrecía como guía, matándolos por el camino. Formáronse compañías voluntarias en Borgoña, Champaña, Brie, Delfinado y Nivernais. El párroco de Pers, cerca de Montargis, se puso al frente de sus feligreses para defender su pueblo; generalmente marchaba á caballo al frente de sus partidarios, dirigiéndoles en sus expediciones parciales, y echaba pie á tierra en el momento del combate: en uno de éstos logró libertar á 400 soldados franceses prisioneros, de la división de Oudinot, en el camino de Chaumont á Langres. En Huningue, el conde de Marmier, que no había sido nunca militar, formó y equipó á sus expensas una legión movilizada de guardias nacionales con los cuales defendió heroicamente la ciudad durante cinco meses enteros. Pero tales esfuerzos, por muy útiles que fuesen á Francia, no lograban aminorar los sufrimientos de las regiones invadidas.

Así se comprende cuán grandes eran los transportes de entusiasmo de los campesinos al ver aparecer al Emperador, cuya presencia les libraba de sus verdugos y era la enseña de la victoria y de la patria. Durante esta campaña el gran Emperador, al fraternizar con

los habitantes de los campos, que le veían exponerse á toda clase de peligros y de fatigas, que no tenían más esperanza que en su genio y en su estrella, fué cuando alcanzó una popularidad sin ejemplo en la historia. Hasta entonces había excitado más admiración que cariño, al verle, en medio de las fiestas:

Pasar silencioso y grave, como una estatua de bronce.

Pero ahora se olvidaban su despotismo y todos los sacrificios que había exigido á Francia, mostrándose á la vez más grande y menos imponente. A la admiración, que continuaba creciendo, se mezclaba un sentimiento más familiar y más íntimo, é iba á ser objeto de una especie de culto en el alma de su pueblo.

On parlera de sa gloire Sous le chaume bien longtemps. L'humble toit, dans cinquante ans, Ne connaîtra plus d'autre histoire. Là viendront les villageois Dire alors á quelque vieille : « Par les récits d'autrefois, Mère, abrégez notre veille. Bien, dit-on, qu'il nous ait nui, Le peuple encor le révere, Oui, le révere. Parlez-nous de lui, grand'mère, Parlez-nous de lui... »	« Lorsque la pauvre Champagne Fut en proie aux étrangers, Lui, bravant tous les dangers, Semblait seul tenir la campagne. Un soir, tout comme aujourd'hui, J'entends frapper á la porte. J'ouvre : bon Dieu ! c'était lui, Suivi d'une faible escorte. Il s'assoit où me voilà, S'écriant : — Oh ! quelle guerre ! Oh ! quelle guerre ! « Il s'est assis là, grand'mère ! Il s'est assis là (1) ! »
---	---

En París, después de las batallas de Champaubert y de Montmirail, la tranquilidad y hasta la alegría parecía que volvían á renacer. La noticia de estas victorias coincidió precisamente con los últimos días del Carnaval. « Empezaba á hacerse burla, — dice H. Houssaye,

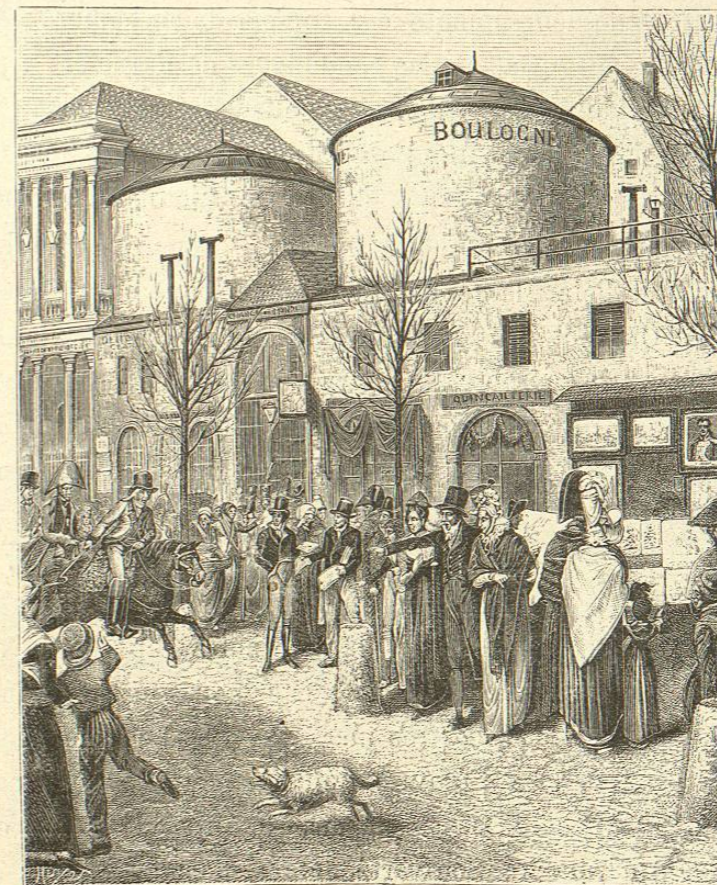
(1) « Se hablará de su gloria — por largo tiempo en las cabañas. — Su humilde techo, en medio siglo, — no oirá ninguna otra historia. — A ellas irán los campesinos — y dirán á alguna anciana : — « Madre, abreviad hoy la velada con los relatos de otro tiempo ; — dicen que él nos salvó, — el pueblo aún le venera ; — sí, le venera. — Habladnos de él, abuela, habladnos de él... » — « Cuando la pobre Champaña — fué presa del extranjero, — él, desafiando todos los peligros, — parecía hacer la guerra solo. — Una noche, como la de hoy, — oí llamar á la puerta. — Abrí, y ¡oh Dios! era él, — seguido de una reducida escolta. — Se sentó donde me veis, — exclamando : ¡Oh, qué guerra! — ¡oh, qué guerra! — « ¿ Aquí se sentó, abuela? — Aquí se sentó. »

— de los pusilánimes que habían trasladado sus muebles al campo y enterrado el dinero en las cuevas. Se distribuyeron á los heridos y prisioneros que llegaban las provisiones que se habían reunido en los días de alarma, volviendo la gente á divertirse y hasta á sus ocupaciones habituales. Pululaban las máscaras por las calles y hubo gran concurrencia en los últimos bailes de la Opera. El Palais-Royal volvió á representar *Le Diable au corps*. Hubo bailes en Wauxhall, en *El Tarará* y en el Círculo de la calle de San Honorato. Eran objeto de todas las conversaciones en los salones la muerte de Geoffroy, célebre redactor de *Los Debates*, y la memoria del joven Villemain *Sobre las ventajas é inconvenientes de la crítica*, que la Academia Francesa acababa de premiar. Aignan y Baour-Lormian, candidatos rivales, hacían sus visitas como si nada anormal ocurriera. En los teatros, á los que se asistía, lo mismo que á la Bolsa, con uniforme de guardia nacional, se aplaudían las coplas y poesías patrióticas de varias obras de actualidad. La Opera ponía en escena *El Oriflama*; el teatro de la Emperatriz, *Las heroínas de Belfort*; Variedades, *Juana Hachette*; el Ambigú, *Felipe Augusto*; el Gaité, *Carlos Martel*; el Circo Francés, *El mariscal de Villars*; el teatro Feydeau, *Bayardo en Mezieres*. La Comedia Francesa anunciaba *El rescate de Duguesclin*, con Talma y la Georges. El Vaudeville daba *El honrado cosaco*, de Desaugiers, sátira de las pretendidas intenciones pacíficas de los monarcas aliados y de la supuesta disciplina de sus tropas. »

No era menor la admiración que aquellos hechos produjeron en el extranjero, aunque apreciados de distinta manera. José de Maistre decía: «Después del Congreso, que ha dado á nuestro buen Napoleón las dos cosas que necesitaba más, que son el tiempo y la opinión, no hay motivo para admirarse de lo que sucede. Preciso es confesar también que este simpático individuo no desempeña del todo mal su cometido. Yo tiemblo al contemplar las maniobras de semejante loco y su increíble prestigio entre la gente. Al oír en los salones de San Petersburgo hablar de sus faltas y de la superioridad de nuestros generales, se me anuda la garganta con una risa convulsiva tan agradable como el lazo de un ahorcado. »

No debe extrañarnos tal estado de ánimo, pues los mismos monarcas aliados, á pesar de la inmensa superioridad de sus fuerzas,

dudaban de su triunfo sobre «el genio infernal de Bonaparte» y estaban profundamente consternados ante la rapidez con que había matado, cogido ó dispersado más de 120.000 hombres. Lord Castlereagh, embajador de Inglaterra en el congreso de Chatillón, el emperador de Austria, y principalmente Metternich, no tenían intención de pres-



¡Buenas noticias! (12 de Febrero de 1814). (Acuarela de G. Opiz, en la colección Hennin)

cindir en absoluto de Napoleón; pero los Rusos y los Prusianos eran hostiles á todo proyecto de tratado que supusiese la continuación de Napoleón en el trono. «Al poco tiempo, decían, Francia volvería á tomar las armas y recuperaría de nuevo su poder, al mismo tiempo que el Emperador trataría de reconquistar todo lo perdido y llevaría de nuevo la conflagración á Europa. — ¡Esto no sería una paz, — exclamaba el emperador de Rusia, — esto sería sólo una tregua, que no nos permitiría deponer las armas ni un minuto!... Yo no puedo estar

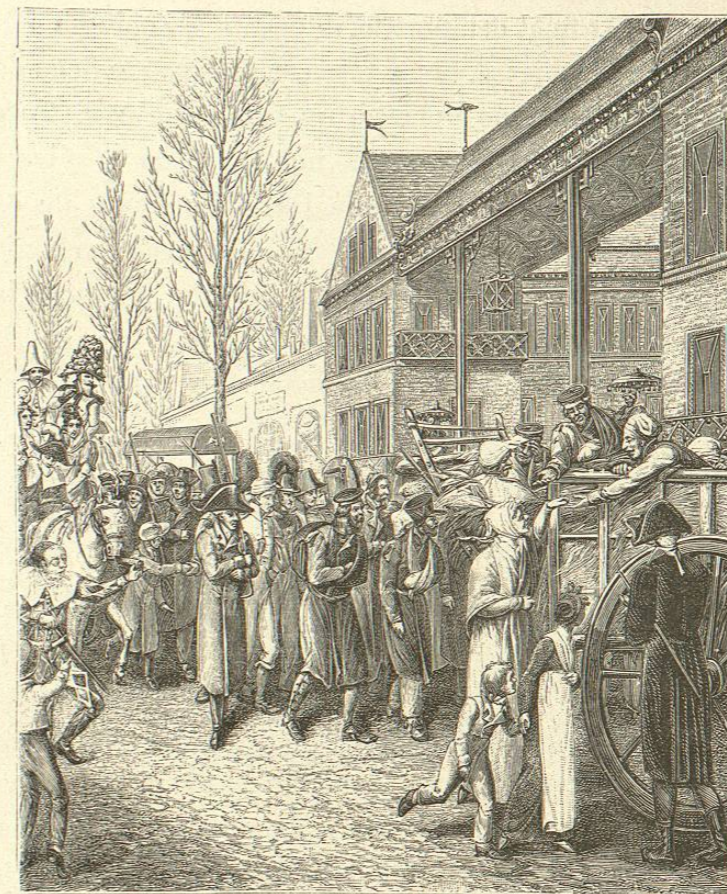
siempre dispuesto á venir en vuestro auxilio desde una distancia de cuatrocientas leguas.»

Napoleón, con su proceder para con el congreso, justificaba desgraciadamente las previsiones de sus enemigos. En la noche misma de la batalla de Montmirail llegó corriendo un emisario de Caulaincourt con una carta procedente de Chatillón, la que, sin abrir siquiera el sobre, arrojó desdeñosamente por encima de su hombro. Algunos días después no le satisfacían las condiciones de Francfort y prohibió á Caulaincourt que tratase nada con los aliados si se negaban al reconocimiento de Eugenio en Italia, de Elisa Bonaparte en Lucca, de los hijos de Luis Napoleón en Berg y del rey de Sajonia en Varsovia.

Al dar estas instrucciones al duque de Vicenza había deshecho ya el ejército de Bohemia de la misma manera que el de Silesia. Las divisiones de Oudinot y de Víctor, á las que encargara, al salir de Nogent para arrojar sobre Blucher, que dificultasen la marcha de Schwartzberg, retrocedieron lentamente ante fuerzas enormes y tomaron posiciones detrás del Yeres, río pequeño sin duda, pero caudaloso, profundo y de escarpadas orillas. Auxerre, Montereau y hasta Fontainebleau cayeron en poder de los aliados. Macdonald, que se hallaba en estos momentos en Meaux, organizando un cuerpo de 10.000 hombres, recibió la orden de marchar en auxilio de Víctor y de Oudinot. El Emperador, por su parte, con la guardia imperial, se reunió en Guignes con los tres mariscales, después de encargar á Mortier que contuviese á Bulow y Wintzingerode, y á Marmont que hiciese frente á Blucher. Desde Guignes se dirigió, después de destrozar la vanguardia de Schwartzberg, hacia Mormans (17 de Febrero); contaba entonces con 50.000 hombres. La división de Wrede trató de hacerse fuerte en esta posición, pero tuvo que retroceder con una pérdida de 4.000 hombres; el mismo día fué destruida en Valjouan una división bávara y los aliados tuvieron que repasar á toda prisa á la orilla izquierda del Sena. Pero los wurtembergueses, dueños de Montereau, quisieron conservar esta posición y el importante puente que la domina, y como Víctor, mandado adelante con su caballería con objeto de sorprenderles, no lo verificase con la debida actividad, Napoleón le quitó el mando de su división, dándoselo á Gerard, el cual atacó en seguida á Montereau con tanta energía que

el príncipe de Wurtemberg, á pesar de la superioridad numérica de sus fuerzas, no pudo resistirle, y la llegada de Napoleón con la artillería de guardia, en el momento en que el enemigo se disponía á batirse en retirada, convirtió ésta en una completa derrota.

La artillería de los franceses, situada en una altura, arrojaba una



El martes de Carnaval (22 de Febrero de 1814). (Acuarela de G. Opiz, en la colección Hennin.)

verdadera lluvia de proyectiles sobre los puentes y las calles de Montereau, llenas de wurtembergueses. «Napoleón dirigía personalmente el fuego,— dice el general de Segur,— y como la inexperiencia de los artilleros les exponía á serios peligros, les enseñó la forma en que debían maniobrar para evitarlos. Llegó á echar pie á tierra y á apuntar por sí mismo varias veces las piezas... Nuestros artilleros protestaron al principio por el peligro á que se exponía y le rogaron que se alejase de aquel sitio, pero él les respondió alegremente:—¡Dejad-